



AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 6 – Otoño Invierno 1998

Me resulta difícil abordar la tarea de escribir este breve prólogo a modo de despedida, pensar que ya no veremos su rostro, que no podremos seguir sus gestos ni percibir su mirada de comprensión, de asentimiento, de problematización.

Liliana no nos volverá a mirar ni sentiremos ya su palabra viva, sus ideas claras, su sonrisa cómplice. Es que ya no está más con nosotros.

Nos ha quedado un sinfín de recuerdos, múltiples proyectos y cosas por hacer con ella. Nos ha quedado el recuerdo de una amiga silenciosa, acompañante fiel y guía incansable por los caminos del conocimiento, el pensamiento, los afectos.

Peleó sin parar y sin dar tregua a su cruel enfermedad, la enfrentó con proyectos, intentando responder así a la amenaza que, sabía, se cernía sobre ella. Pero no pudo ser, ganó algunas batallas pero finalmente fue vencida.

Justamente cuando se enfrentaba a la primera de estas batallas, cuando fue intervenida por primera vez, llevábamos a cabo uno de los seminarios que hicimos juntas sobre temas del final de siglo: "De la condición de sujeto a la de sujeto condicionado".

Ella preparó la información del tema que correspondía según el encuadre. Con la gran capacidad para abstraerse en el pensamiento que la caracterizó siempre, dio muestras de entereza y vertió sobre el papel todas sus ideas sobre el tema, aderezadas con los sentimientos que su situación personal le despertaban.

Puso en práctica así, lo que decía ella citando a su tan querido y admirado Deleuze, "el pensamiento no es nunca una cuestión teórica".

Este texto sobre "La condición de sujeto" nos da cuenta entonces de más que de sus pensamientos, de sus sentimientos, miedos y deseos.

Por suerte, nos queda la palabra.

Masza Maszlanka

La condición de sujeto

Liliana Checa (1)

Es difícil para mí exponer un tema tan complejo como éste que nos ocupa, “la condición de sujeto” sin ver vuestros rostros, sin seguir vuestros gestos y sin percibir los momentos de desconcierto, de no comprensión, de asentimiento o de problematización; como lo vimos al comienzo, el pensamiento está sujeto al diálogo, a la palabra viva, al palpar de los cuerpos. Y esta idea, aunque de larga data, quedó soterrada a lo largo de la historia occidental por una cultura que ha valorizado enormemente la letra impresa, o escrita y que parejo con esto, ha creído independizar el pensamiento de sus amarras o sujeciones. Pero como todo sucedáneo tiene también sus valores, os propongo que a través de estos folios analicemos algunas cuestiones que ya hemos visto y avancemos un poco más.

La problemática del sujeto aparece en Europa cuando el capitalismo va siendo la estructura económica que organiza las naciones y la vida cotidiana, cuando el liberalismo y por lo tanto la independencia del individuo, independencia fantasmática o ilusoria, es la bandera que enarbolan las burguesías ilustradas. Se cree que la razón, movida por sí misma sin ninguna atadura, puede plantear y resolver temas tan complejos como la función de la ciencia, la verdad absoluta, la felicidad del hombre, el progreso de la humanidad, la esencia de la realidad, la existencia de Dios, etc.

La razón es aquí equiparable a conciencia, el hombre está libre de sus lazos afectivos o los puede controlar con soltura, está libre de sus sujeciones corporales, sociales, económicas. O sea, en el liberalismo, Dios baja a la tierra y las cualidades que se atribuían a ese ser o a esa palabra, “Dios”, ser creador del mundo o del hombre, ahora son cualidades humanas: el hombre se convierte en ser omnipotente; es posible para él una clarividencia, que se logrará con el desarrollo histórico, de todo lo que sucede en la naturaleza y en nosotros mismos, se puede lograr la omnisciencia, se tiene la convicción de que los destinos de la humanidad son controlables.

A mediados del siglo XIX, ante esto, escuchamos la primera voz de alarma: es Marx quien sitúa la conciencia en un nivel de subordinación respecto de las estructuras económicas, la conciencia no es libre de pensar ciertos temas o problemas sino que los piensa porque está colocada en una configuración económica determinada. El individuo libre y autosuficiente es la ideología, la máscara del capitalismo, la trampa que nos tiende para que no veamos cómo sólo unos pocos individuos se humanizan con la acumulación de la riqueza y una inmensa mayoría se esclaviza para obtener un salario que sólo cubre las necesidades más inmediatas o urgentes.

La otra voz de alarma es la de Nietzsche. Con gran claridad y precisión nos dice que la fe en el individuo libre ha sido nuestro dogma, nuestra religión, nuestro engaño, lo que nos ha permitido dar el nombre de libertad a nuestras ataduras, dar el nombre de libre

¹ *Liliana Checa era profesora de filosofía. También, una querida colega y amiga de varios de los que hacemos esta Revista. Falleció el pasado mes de Septiembre. En el n° 2 de área 3 publicamos una colaboración suya titulada “El grupo como espacio privilegiado del pensamiento”.*

pensamiento cuando en realidad nos subordinamos a los criterios dominantes impuestos por los poderosos, dar el nombre de felicidad al ascetismo y a la ocultación de los propios deseos.

Contemporáneamente a Nietzsche, encontramos a Freud quien asesta otro duro golpe a la concepción de la conciencia segura de sí, autoanalítica e independiente.

Esta conciencia está sujeta al inconsciente: zona de deseos, impulsos y afectos que organiza nuestra identidad, nuestra autovaloración y consideración del prójimo y en cierta manera, nuestro modo de pensar y actuar, a pesar nuestro.

Foucault dice que el hombre nace en el siglo XIX, es decir, que en este siglo se organizan y sistematizan las ciencias humanas, el hombre es objeto de conocimiento científico por primera vez en la historia. La finalidad de esta empresa de conocimiento o investigación era lograr liberar al hombre de sus alienaciones, de todo lo que en cierta forma lo sujetaba para hacer realmente efectiva la libertad y el autocontrol consiguiente. Pero como toda aventura de investigación tiene una meta lábil, a medida que se conocía más lo humano se comprobaban como ilusiones los mitos del liberalismo o del humanismo. Se descubría así que la conciencia dependía del inconsciente, como lo expresa la teoría psicoanalítica, que nuestra vida cotidiana está articulada sobre una estructura social que antes del nacimiento de la sociología (hecho ocurrido a fines del XIX), creíamos que no existía; también se descubría que nuestra forma de hablar, de expresar las ideas y los sentimientos sigue las huellas de una red lingüística que nos organiza, según nos lo dicen las ciencias de la lengua.

Por consiguiente, el ideal de la conciencia autosuficiente y omnisciente, cuanto más se adentraba en sí mismo, se encontraba con aquello que había ocultado, silenciado y oscurecido: las sujeciones a que estamos sometidos.

Si en el siglo XIX nace el hombre para el conocimiento científico, podemos decir que en el XX la concepción del hombre considerado como persona libre, consciente, autodeterminable, responsable, creador del propio destino, organizador de su voluntad y sentimientos, esta concepción se va haciendo añicos desde diversas disciplinas: la antropología de Levi Strauss, quien estudia los sistemas de parentesco de las distintas sociedades y comprueba que nuestros lazos familiares y los sentimientos que conllevan tampoco son elegidos, sino impuestos por una estructura previa a nuestra voluntad. Se hace añicos como vimos, también desde el psicoanálisis con el descubrimiento del inconsciente; desde la lingüística, ciencia que a comienzos de este siglo desmenuza nuestra forma de hablar y en consecuencia de pensar (puesto que el pensamiento está íntimamente ligado al lenguaje) para inscribirla también a una estructura previa que nos atraviesa y sujeta. El marxismo, la sociología, la psicología social, la teoría de grupos, especialmente la teoría de grupo operativo también hacen trizas la ilusión del hombre libre, movido por una voluntad clara y distinta.

Al comenzar este seminario, veíamos o analizábamos cómo toda sociedad ha intentado dar respuesta a cuestiones tan fundamentales como ¿quiénes somos como colectividad? ¿qué somos los unos para los otros? ¿qué queremos? ¿qué deseamos? y que las respuestas a estas preguntas son las que nos marcan, nos articulan y nos sitúan en una determinada zona o "topos" del tejido social.

Estas respuestas digo que nos sostienen junto con el ECRO, es decir, con el esquema referencial operativo, nombre que damos al conjunto de experiencias, conocimientos y afectos, tanto conscientes como inconscientes con el que nos sujetamos al tejido de la vida, de la sociedad, de los grupos que integramos y de nosotros mismos. Ese ECRO se ha ido formando desde múltiples canteras y hace a nuestras señas de identidad.

Antes dije que la teoría de grupo operativo, con la cual trabajamos aquí, se inscribe dentro de las disciplinas que han golpeado, quebrado y denunciado la ilusión del hombre entendido como conciencia libre y es porque uno de los pivotes de dicha teoría es la continua relación que se hace entre pensamiento y afecto, que como ya hemos comprobado no es una relación formal, de simple proximidad exterior, sino en el sentido de que determinados pensamientos, y tanto pensamientos como afectos, son las resonancias en nosotros de las redes en que estamos inmersos: grupos, trabajos, medios de comunicación, ideologías, historias, comunidades, o como dice Guattari, las diversas tramas que nos atraviesan. Recordando al brillante Deleuze: "el pensamiento no es nunca una cuestión teórica", "pensar es siempre experimentar, experimentación acerca de lo que emerge, de lo nuevo, lo que se está formando", casi podríamos decir, replanteando el tema de la sesión anterior, pensar es experimentar el acontecimiento o vivir la experiencia del mismo.

También en la sesión anterior veíamos respecto del conocimiento y su representación que esto sólo se hace desde una determinada perspectiva, que la objetividad del conocimiento es otra de las ilusiones que ha acompañado a la conciencia libre, segura de sí; la conciencia autosuficiente y omnisciente podía o pretendía conocer desde todos los ángulos el objeto de investigación, eliminando cualquier posible cono de sombra y obviamente, suponía que el sujeto no se implicaba o proyectaba nada personal sobre lo conocido.

Sin embargo, gracias a Nietzsche, despertamos de ese sueño omnipotente de conocimiento objetivo, sabemos que la perspectiva es nuestro sello, nuestra impronta. Y si relacionamos esto con la teoría de grupos, ésta posibilita un trabajo de pensamiento desde múltiples o variadas perspectivas. Nietzsche, siempre tan lúcido, dice en *La genealogía de la moral*: "Sepamos aprovechar, en provecho del conocimiento cabalmente, la diversidad de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos. Existe únicamente un ver perspectivista; y cuanto mayor sea el número de afectos a los que permitamos decir su palabra, sobre una cosa, cuanto mayor sea el número de ojos, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro "concepto" de ella, tanto más completa será nuestra objetividad.

Dije también que el sujeto libre había recibido un duro golpe desde la sociología, si es dentro de esta ciencia que podemos situar a Baudrillard, ya que es tan difícil situar un pensamiento rico, sugerente como el suyo, en los límites estrechos de una disciplina. Tratemos de recordar algo de lo que pudimos replantearnos con el de la sociedad de consumo. El eje de esta sociedad que nos apabulla de propaganda y gadgets es la libertad de elección, la posibilidad infinita de entregarnos a la satisfacción de nuestras necesidades pero, ¿qué son esas necesidades que nos sujetan y amarran a los créditos, a las letras, al divino plástico? ¿existen realmente esas necesidades que el consumo pretende calmar pero nunca lo logra?.

En la sociedad de consumo todo gira alrededor de la libertad del individuo. Podemos elegir entre quince tipos diferentes de yogurt, infinidad de diferente calzado de deporte con suelas de lo más sofisticadas, múltiples equipos de música, etc.

Como todos estos productos se ofrecen en una publicidad permanente que engañosamente se ocupa de nuestros deseos y sabe lo que precisamos, nos creemos libres. Esta sociedad, detrás de una máscara maternal, nos indiscrimina, nos hace creer que presiente lo que estamos necesitando, nos sujeta al consumo pero nosotros nos creemos libres y ocultamos así las relaciones laborales, las luchas de poder y las clases sociales.

El capitalismo de los siglos XVIII y XIX tenía como emblema la supuesta libertad del asalariado, pero la fase del capitalismo en que actualmente vivimos, necesita de un consumidor que se considere libre de poder consumir o no.

Espero que lo expuesto haya sido una posibilidad más de analizar nuestra condición de sujetos y que en la próxima sesión podamos avanzar algunos pasos más en este tema tan sugerente y tan actual, ya que este fin de siglo está marcado por la problemática de la identidad, de la identidad personal, étnica, nacional, religiosa, ante una sociedad de masas y de indiscriminación que borra, día a día, los particulares rasgos de nuestro rostro.